

lece las tuyas, para pelear por mi gloria, como yo peleé por tu salud. Mira la abertura de mi costado, y ábreme el tuyo, dándome todo tu amor, como yo me dí todo por tí. Mira las llagas de mis piés, y endereza todos tus pasos á mi servicio, imitando los míos con perseverancia, hasta que alcances la corona.—Estas consideraciones y afectos tengo de ejercitar, acordándome de las llagas de Cristo nuestro Señor, y para mirarlas mas de cerca, avivaré la fe de que las tiene su cuerpo gloriosísimo, no solamente en el cielo, sino en el Santísimo Sacramento del altar; y que allí son como cinco fuentes del Salvador (1), de las cuales manan aguas de gracias y consuelos espirituales para todos los que se llegan con espíritu á ellas.

PUNTO TERCERO.—Á estas causas añado la última, para confundir el día del juicio á los condenados, mostrándoles las llagas que recibió por ellos y el deseo que tuvo de salvarlos, si por su culpa no quedara. Á los cuales, como pondera san Agustin (2), dirá de esta manera: Veis aquí al Hombre que crucificásteis, mirad las llagas que le hicisteis, reconoced el costado que alanceásteis, el cual por vosotros y para vosotros fué abierto, y con todo eso no quisisteis entrar por él. Entonces será el terrible llanto (3), que está profetizado de estos miserables, viendo la ocasion que perdieron de salvarse, y la justa razon que tiene Cristo para condenarlos.—Al contrario, con estas mismas llagas alegrará Cristo nuestro Señor á los escogidos, no solamente aquel día, sino por toda la eternidad, viendo en ellas claramente tantos motivos de amar al que las recibió por ellos. Ó Salvador amabilísimo, por estas llagas te suplico humildemente obres en mí los efectos para que las conservaste en tu glorioso cuerpo, admitiéndome á entrar por ellas con alas de paloma, y á morar en ellas como en nido y lugar de mi descanso; porque no quiero otro en esta vida, sino pensar en lo mucho que por mí hiciste y padeciste, amándote por ello y obedeciéndote con perseverancia, hasta gozar de tí en la gloria, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XII.

DE LA APARICION Á LOS SIETE DISCÍPULOS QUE PESCAN EN EL MAR DE TIBERÍADES.

PUNTO PRIMERO.—1. *Estando juntos Pedro y Juan, y otros cinco discípulos, dijo Pedro: Quiero ir á pescar. Respondieron los otros:*

(1) Isai. xii, 3. — (2) In lib. de Symbolo. — (3) Apoc. i, 7.

Vamos todos, y subiendo en el navío, no pescaron cosa en toda aquella noche (1). Aquí se ha de ponderar:—Lo primero, como estos discípulos fueron á pescar, parte por su pobreza, para tener algo que comer, parte por huir la ociosidad, porque no era llegado el tiempo de ocuparse en pescar hombres; y en diciendo Pedro que quería pescar, los demás se ofrecieron de acompañarle, mostrando en esto la concordia y conformidad de voluntades que tenían en las obras de virtud. De donde sacaré deseo de imitar á estos santos discípulos en el ejercicio de estas tres virtudes, pobreza, caridad y amor al trabajo, contra la ociosidad.—Lo segundo, se ha de ponderar como en toda la noche no pescaron pez alguno, como les sucedió otra vez, cuando dijo san Pedro: *Per totam noctem laborantes nihil cepimus. Habiendo trabajado toda la noche, nada hemos pescado* (2); para significar lo primero, cuán poca parte es la industria del hombre, tomada á solas, para pescar las almas y sacarlas del pecado. De suerte que Pedro y Pablo y cualquier otro, aunque sea muy letrado y muy santo, y gran predicador, trabajará sin fruto, si estriba en sus solas fuerzas, y si Dios no acude á la pesca. Pues por esto dijo el Apóstol: *Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el aumento* (3). Por lo cual se han de fundar en humildad los obreros de las almas, si quieren que su trabajo sea de provecho: acordándose de lo que dijo Cristo: *Sin mí, nada podeis hacer* (4).

2. También tiene misterio decir ambas veces, que era de noche, para significar el miserable estado que tenía el mundo antes de la venida de Cristo, sol de justicia, con cuya luz se hace la pesca, y sin ella no se hace nada. Además de esto se nos representa, que quien trabaja estando en la noche de la ignorancia y en las tinieblas del pecado mortal, no medra, ni sus obras son de merecimiento para la vida eterna. Y por esto dijo el real profeta David: *Vana cosa es levantaros antes de la luz* (5); como quien dice, antes que salga la luz de la divina gracia, en vano será todo vuestro trabajo, porque sin ella no podeis hacer obras dignas de luz. De donde sacaré la miseria grande del pecador que trabaja y no medra; cánsase por pescar toda la noche de su miserable estado, y no saca provecho alguno de merecimiento para la vida eterna, porque aunque pesque hacienda, honra y regalo, todo eso es nada y es trabajar muy en vano, pues al mejor tiempo le ha de faltar.

3. Lo tercero, ponderaré lo que harían estos siete discípulos,

(1) Joan. xxi, 3. — (2) Luc. v, 5. — (3) I Cor. iii, 7. — (4) Joan. xv, 5.

(5) Psalm. cxxvi, 2.

viendo que no pescaban pez alguno, porque llevando su trabajo con paciencia, se acordarian de su Maestro y de la falta que les hacia su presencia, y es de creer que hablarian entre sí mismos de lo que otra vez les habia sucedido en aquel mar con Cristo nuestro Señor, y suspirarian por él, diciéndole: O Maestro soberano, ¿dónde estás? ¿Cómo nos dejas en este trabajo? ¿cómo no acudes á remediar nuestra pobreza? ¿qué maravilla se huyan los peces de las redes, pues tú huyes de los pecadores? Ven, Señor, y acércate á nosotros, porque con tu venida vendrá tambien la pesca que deseamos. Estas palabras ú otras semejantes tengo de decir en el espíritu, cuando viere que mi trabajo es sin provecho, confiando que seré oido, porque oye Dios el deseo de los pobres.

PUNTO SEGUNDO.—1. *Á la mañana estuvo Jesús en la ribera, aunque los discípulos no le conocieron, y preguntóles si tenían algun pescado; respondiendo que no, díjoles: Tended la red á la diestra del navío, y hallaréis pesca. Hicieronlo así, y no podían traer la red por la muchedumbre de los peces.* Aquí se ha de ponderar:—Lo primero, la caridad de Cristo nuestro Señor en acudir al consuelo de sus amados discípulos, aunque dándoseles á conocer poco á poco, para que les entrase mas en provecho la vista, y para esto se puso en la ribera. No quiso andar sobre las aguas, ni entrar en el navío, para significar que el estado que tenia despues de su resurreccion era estable y ajeno de toda mutabilidad y alteracion, ordenado para vivir con perpetuidad en la tierra de los vivientes. Y aunque sabia que no habian cogido pez en toda la noche, hizose de nuevas, y preguntóles si tenían peces, para provocarlos con esto á que conociesen su necesidad, y la poca parte que eran para recoger peces sin su ayuda, porque deseaba dársela luego. O liberalísimo Jesús, ¡qué de veces llegas á nuestras puertas y nos pides algo, no tanto por lo que hemos de darte, cuanto por lo que tú deseas darnos! Pides á la Samaritana que te dé un poco de agua, porque tú deseabas darla el agua viva de tu gracia (1). Pides que demos limosna al pobre, porque deseas dar limosna muy copiosa al que se la diere. ¡Oh si te diese lo que me pides con tu inspiracion, para que tú me dieses lo que deseas darme con ella!

2. *De la obediencia.*—Lo segundo, ponderaré como les mandó echar la red á la diestra del navío, para significar el próspero suceso de aquella pesca, que era figura de la pesca de las almas que han de salir del mar de este mundo para la eterna bienaventuran-

(1) Joan. iv, 7.

za, en virtud de Cristo, que era diestra de Dios. Y obedeciendo los discípulos á este mandato, pescaron gran muchedumbre de grandes peces, para que se vea la eficacia de la obediencia, y cuán gran verdad es lo que dice el Sabio, que *el varon obediente hablará victorias* (1) ganando muchas almas para Dios. Y es mucho de considerar que en la otra pesca conoció san Pedro que Cristo era el que le mandaba echar la red, y obedeciéndole dijo: *In verbo tuo laxabo rete: en tu palabra* y por tu mandamiento *tenderé la red* (2); pero esta vez no conocia que era Cristo el que lo mandaba, y con todo esto rindió su juicio y obedeció, y sacó gran pesca, porque gusta mucho Cristo nuestro Señor de que obedezcamos á toda humana criatura por su amor, y nos desnudemos de nuestro propio juicio y propia voluntad, por hacer la de los otros, en cosas donde no se ve pecado; y á veces sucederá que esté Cristo donde no pensamos que está, y que obedeciendo al hombre, obedezcamos á Cristo, que habla por su boca, y nos asegura, que si tendemos la red hácia tal parte, sacaremos pesca.—Por lo cual esta virtud de la obediencia me ha de ser muy familiar, si quiero tener prósperos sucesos como san Pedro, el cual por esto se llama Simon, que quiere decir obediente.

PUNTO TERCERO.—1. *El discípulo á quien amaba Jesús dijo á Pedro: Dominus est, el Señor es; en oyéndolo Pedro, ciñóse la túnica y echóse en el mar. Los demás llegaron con el navío trayendo la red con los peces, y mandóles Cristo traer de los peces; trajo Pedro la red, y hallaron que eran ciento y cincuenta y tres muy grandes, y con ser tantos, no se rompió la red.* Aquí se ha de ponderar:—Lo primero, en los dos discípulos san Pedro y san Juan, los efectos del fervoroso amor, así en la vida contemplativa, como en la vida activa: el amor en los contemplativos aguza la vista interior del alma, para que, como Juan, conozcan á Cristo, cuando otros no le conocen, y les den noticia de él; pero el amor en los fervorosos de la vida activa, en conociéndole, se abalanzan por seguirle. Y como san Pedro en oyendo decir, el Señor es, dejó la red y los peces y el navío, y cubriéndose, por la decencia, con su ropa, se arrojó á nado, por llegar presto donde estaba su Maestro, pareciendo que era mucha dilacion ir al paso del navío; así yo tengo de procurar seguir con fervor á Cristo nuestro Señor, y desear llegar presto á la tierra de la eternidad, donde está, dejando por esta causa cuanto tengo, y arrojándome á todos los peligros y trabajos del mar tempestuoso de este mundo, y

(1) Prov. xxi, 28. — (2) Luc. v, 5.

pareciéndome muy espacioso el paso de los que siguen la vida común, tengo de procurar apresurarme mucho mas.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la excelencia misteriosa de esta pesca, comparada con la otra que hizo san Pedro en su primera vocacion (1), porque aquella fué figura de la pesca de las almas para entrar en la Iglesia, y creer en Cristo nuestro Señor, y recibir su ley, y así no se hizo echando la red á la diestra del navío, sino á todas manos, diestra y siniestra, recogiendo buenos y malos peces, grandes y pequeños, y de ella se hinchieron dos navíos, figura de los dos pueblos hebreo y gentil, debajo de una cabeza Cristo, y su vicario Pedro, y la red en que se cogieron se iba rompiendo, porque en esta vida padece quiebras y cismas la Iglesia y la predicacion de Cristo; pero la pesca de este dia fué la pesca de los predeterminados y escogidos, para entrar en el cielo, y por esto se hace á la diestra del navío y no á la siniestra, porque los escogidos han de estar á la mano derecha del Juez; todos son peces grandes en santidad y pureza de vida, porque en el cielo ninguno es pequeño; la red se trae á la tierra donde está Cristo, que es la tierra de los vivos, y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones, ni cismas, ni cosa que les perturbe, pues ya los Ángeles habrán apartado los malos de los buenos (2), como dijo el Señor en la parábola de la red. ¡Oh dichosos los peces que entraren en esta red para ser colocados en la vida eterna! ¡Dichosas las aguas vivas donde se criaron y sustentaron, alcanzando la perfecta salud y vida que Cristo les ganó! Ó santo profeta Ezequiel, ¡cuán bien cumplida está vuestra profecía con tanta muchedumbre de grandes peces que los pescadores de Jesús han pescado en estas aguas que salen del lado derecho del templo celestial (3)! Concédeme, ó dulcísimo Redentor, que viva yo en las aguas vivas de tu gracia, de modo que sea sacado de ellas para la vida eterna. Amen.

3. Finalmente, consideraré como saltando en tierra los discípulos, vieron unas brasas y un pez sobre ellas, y pan. Dijoles Jesús: Venid y comed, y tomando el pan, repartiólo con ellos, y tambien del pez. En lo cual resplandece grandemente la afabilidad y liberalidad del Redentor para con sus discípulos, aparejándoles este convite, y convidándolos á comer con pan hecho de su mano milagrosamente, y con peces diferentes de los que ellos habian pescado, para significar, -lo primero, cuán cuidadoso es de dar comida, y refeccion espiritual á los que trabajan por su amor y obediencia, dándoles man-

(1) Luc. v, 7; Aug. quæst. 81 de div.—(2) Matth. XIII, 49.—(3) Ezech. XLVII, 1.

jar de Ángeles y pan celestial que los conforte, echando con este regalo brasas sobre sus corazones, para que todos se enciendan en su amor.—Y lo segundo, para significar que mientras trabajamos nosotros en la tierra, él nos está aparejando un convite regaladísimo en el cielo, donde él mismo nos convidará y servirá á la mesa, dándonos por manjar su divinidad y humanidad. ¡Oh bienaventurados los que comieren este pan en el reino de Dios (1)! ¡Dichosos los que estuvieren con Cristo, sentados á su mesa en el reino de su Padre (2)! ¡Oh si fuese yo uno de estos siete discípulos, lleno de los siete dones del Espíritu Santo, con los cuales dignamente pudiese hallarme en este convite! Recibe, ó buen Jesús, este mi deseo, y fortifícale con tu gracia, para que llegue á cumplirse en tu gloria. Amen.

MEDITACION XIII.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN ESTA APARICION HIZO Á SAN PEDRO PASTOR UNIVERSAL DE SU IGLESIA, Y LE DIÓ ADMIRABLES DOCUMENTOS DE PERFECCION.

PUNTO PRIMERO.—1. Acabada la comida, dijo Jesús á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿ámasme mas que estos? Respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Dijole: Apacienta mis corderos. Dijole segunda vez: Simon, hijo de Juan, ¿ámasme? Respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Dijole: Apacienta mis corderos. Dijole tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿ámasme? Entristeciése Pedro, porque tercera vez le preguntó si le amaba, y respondió: Señor, tú sabes todas las cosas, y sabes que te amo. Dijole: Apacienta mis ovejas (3). Aquí se ha de ponderar, -lo primero, como Cristo nuestro Señor, habiendo prometido á san Pedro las llaves del reino del cielo, en premio de la ilustre confesion que hizo de su divinidad (4); ahora queriéndoselas dar con el primado sobre toda la Iglesia, le examinó en el amor, y le preguntó si le amaba mas que todos, para darnos á entender que los preladados han de ser excelentes en la fe, y eminentes sobre todos en la caridad, y llamóle por su nombre, Simon, que quiere decir obediente, hijo de Juan, que quiere decir gracia, ó hijo de Joná, que quiere decir paloma, significando que con la fe y caridad han de juntar la obediencia con plenitud de gracia y de Espíritu Santo, para hacer perfectamente su oficio.

2. Lo segundo, le examinó tres veces en el amor, para que con

(1) Luc. XIV, 15.—(2) Luc. XXII, 30.—(3) Joan. XXI, 15.—(4) Matth. XVI, 19.